

LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y LA FIESTA DE LA RAZA

1 P o r e l L i c. L U I S C H I C O G O E R N E

2 P o r e l L i c. S A L V A D O R A Z U E L A

1

LA Universidad de México, siente legítimo orgullo al entregar hoy por primera vez a su pueblo, la voz auténtica de España salida de sus labios más ilustres.

Quiere la Universidad conmemorar así, la fecha centenaria en que nuestras entrañas indias recibieron la caricia de la luz latina.

La fecha en que se gesta nuestro ser, y en donde se traza la ruta por la que ha de caminar a través de la Historia.

Penoso camino lleno de cardos, de escombros y de barrancos, cegado a veces por murallas altas; pero glorioso camino el nuestro, que es el de la latinidad española.

Pudimos algún día encontrarlo estrecho y largo, tan estrecho y tan largo que marchar por él debió parecernos la fatiga inútil del andar, del andar sin rumbo y sin objeto, sin percibir al menos un punto de llegada y de descanso.

Era el día en que los valores morales bajaban a segundos planos, en que la razón se adueñaba del mundo como señora omnipotente, y en que los hombres todo lo pedían y todo lo esperaban de la ciencia, de la técnica y de la economía; era el momento de las razas que a sí mismas se llamaban superiores, y que por creerlo se atribuían el derecho ilimitado a la opresión, se horrorizaban del mestizaje y sentían la pasión orgullosa de la pureza de su sangre.

El espíritu soñador de España tenía que ser un torpe y un retrasado caminante, por esta ruta destinada tan sólo a los pasos del técnico y del economista.

Poco podía decir a un mundo enamorado de la materia, quien entregaba en Cristóbal Colón, no su discutible sabiduría ni la técnica

Discurso pronunciado por el Lic. Luis Chico Goerne, Rector de la Universidad Nacional de México, en el acto que para conmemorar el descubrimiento de América, tuvo lugar, a través de la Radiodifusora Universitaria.

pobre de sus carabelas, sino el sacrificio del héroe y la mirada eterna del visionario; quien entregaba en Cortés, no su ejército que apenas era un puñado de aventureros, sino su gesto de valentía sin fronteras ante la obscuridad misteriosa y apasionante de tierras y de hombres; quien entregaba en sus frailes, no tanto a quienes enseñaban alfarería sino a quienes amaban al indio; quien entregaba en las Casas, no la ilustración de su mente, sino la caricia blanca de su mano puesta siempre sobre el dolor del humilde; quien entregaba, en suma, en su leyenda que es su propio corazón, la santa locura de un caballero que nada más en grandeza moral concibe la existencia; de un caballero andante apasionado del ideal, que recorre senderos abruptos en busca de la debilidad para protegerla, de la injusticia para repararla, del honor para vivirlo.

Honor, heroísmo, justicia, sueño grande, quimera noble, son palabras que la razón entiende a medias y que cuando explica las vacía de contenido humano; son palabras de un idioma que jamás aprendieron los siglos prácticos y tecnicistas; pero son palabras sobre las que se cimenta el edificio todo de la cultura hispana.

Por eso, en la era del omnímodo poderío racionalista, nuestra trayectoria espiritual de claras ambiciones morales y de inconcusas deficiencias materiales nos pareció pobre y desorientada.

Por eso nuestra formación étnica, hecha por un mestizaje generoso, abierto sin limitación a todas las razas, se teñía de inferioridad frente al hermetismo aristocrático del anglo-sajón que ha creído defender la superioridad y la pureza de su ser social protegiéndolo de la degradación de contactos espúrios.

Pero hoy, que el prestigio todopoderoso de la ciencia principia a decaer, porque la razón encontró y elaboró teorías para justificar todo desbordamiento del poder; hoy que los hombres degradan a la técnica a su verdadero lugar, el de instrumento y utensilio, indispensable, pero instrumento al fin al servicio de la actitud moral; hoy, que el concepto de la superioridad étnica se empobrece dentro de la altivez de su aristocracia; hoy, que la humildad del mestizaje se concibe como la fuerza creadora de la humanidad que viene; la voz de España vuelve a tener por auditorio al mundo y por creyentes a sus hijos; al mundo que busca su salvación en la actitud heroica, a sus hijos que la vimos conquistar sin aniquilar, mezclando su carne y su alma con el vencido, a sus hijos que afirmamos nuestra fe, a pesar de su tragedia del instante, en su destino eterno, porque su eternidad ha de ser nuestra propia eternidad.

UNA de las fechas que debiéramos celebrar con mayor solemnidad, por su importancia en los destinos de nuestra estirpe, es el aniversario del Descubrimiento de América. Festejamos el doce de octubre, la hora en que el Nuevo Mundo une su historia a las más altas influencias de la cultura de Occidente. Celebramos también el momento formativo inicial de nuestras patrias mestizas.

La Universidad Nacional de México desea aprovechar la oportunidad que le ofrece la Fiesta de la Raza, para poner en obra un calendario cultural y cívico, proyectado con un sentido de construcción nacional y raíz hispánica. Desea, así, hacer una tarea de patriotismo superior, depurada de las contingencias políticas y militares y del convencionalismo que priva en esa índole de celebraciones.

Un concepto superficial de la historia, ha dado rango inmerecido a los hechos que se refieren a los cambios gubernamentales y a las batallas. Urge rectificar, con un criterio afirmativo, dicha interpretación incompleta y falsa del acaecer histórico.

Teniendo presente una concepción orgánica del pasado, el presente y el porvenir de México —porque la Universidad es, substancialmente, el recipiente de la obra de las generaciones— ponemos hoy en vigencia nuestro calendario.

Para despertar un sentimiento real por la ciudadanía, no deben dejarse inadvertidas efemérides del tono ilustre de la fundación del primero de nuestros ayuntamientos, a la llegada de los españoles a la Villa Rica de la Vera Cruz, porque el régimen democrático tiene en el municipio su más fecunda escuela, para educar la capacidad de consentimiento en que se funda: y, dentro del mismo propósito, cabe rendir

Discurso pronunciado por el Lic. Salvador Azuela, Jefe del Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional de México, en el acto que para conmemorar el descubrimiento de América, tuvo lugar, a través de la Radiodifusora Universitaria.

pleitesía a la actitud del licenciado Verdad y del padre Talamantes en defensa de la doctrina del gobierno popular, asumida en el Ayuntamiento de México en mil ochocientos ocho.

Cuando Morelos convocó al primer Congreso Constituyente, aparece en nuestra historia con el designio de un régimen de legalidad, una protesta viva contra los excesos del caudillaje militarista.

Sin la más amplia libertad para la expresión del pensamiento y, consecuentemente, sin la posibilidad de que la prensa periódica se manifieste sin restricción, no es realizable el mínimo de condiciones que requiere la sociedad civilizada; por eso se justifica el aniversario de la publicación de "El Pensador Mexicano", el periódico independiente editado por Fernández de Lizardi.

En el Congreso de Tacubaya, representado nuestro país por Alamán, se establecen las bases de la Liga Aduanera Hispanoamericana, como uno de los medios de mayor eficacia para lograr la solidaridad de los pueblos nuestros en su lucha contra el imperialismo, por desgracia, planteándose exclusivamente en un plano doctrinal; acontecimiento que reclama especial recordación.

Como la obra del Estado se resuelve, por mediación del gobierno, en la actividad de sus funcionarios, y la arbitrariedad es tan fácil en el ejercicio de la gestión pública, los titulares del poder civil habrán de limitar su gestión dentro de precisas barreras jurídicas. Cuando el empeño iniciado por Manuel Crescencio Rejón en Yucatán, cobra relieve nacional, en el Acta de Reformas de mil ochocientos cuarenta y siete, al organizarse nuestro juicio de amparo, por la influencia de Mariano Otero, se reconoce que el Estado es un mero instrumento político de la convivencia social.

La existencia normal de un país no es factible si la libertad del espíritu se desintegra de la esfera de la economía y de la vida pública. Reforma agraria, legislación obrera, pureza en el sufragio, negación del continuismo político: tales postulados deben comentarse en torno del plan de San Luis Potosí, lanzado por Madero, representativo del concepto cristiano de la existencia, libre de confesionalismo; símbolo del respeto de los valores nobles de la conducta. El aniversario del Plan de San Luis constituye ocasión propicia para glosar el soplo de realización de la nacionalidad, el afán de crear la cultura de México, sobre bases auténticas, que a través de sus momentos de claridad, ha tenido la Revolución Mexicana.

La educación es la fuerza social más poderosa. De ahí las sugerencias que encierra conmemorar la fundación de la escuela de Texcoco por Fray Pedro de Gante, la llegada de la imprenta a México, la inau-

guración de la casa de estudios superiores de Tiripetío, el establecimiento del Colegio de Indios de Tlaltelolco, la apertura de la Real y Pontificia Universidad de México, el heroísmo de don Carlos de Sigüenza y Góngora.

La cruzada del Padre las Casas y la experiencia educativa y económica de don Vasco de Quiroga para levantar a nuestros indios, no serán nunca desdeñadas en una revaloración de los elementos constitutivos de la nacionalidad, de la que no podrá eliminarse la influencia esencial de las razas precortesianas.

La introducción del cartesianismo por Díaz de Gamarra, en la segunda mitad del siglo XVIII; las bases de la reforma liberal trazadas por el doctor Mora; la orientación jacobina e indigenista de Ignacio Ramírez; la vigencia del positivismo por el impulso de Gabino Barreda, a través de nuestra Escuela Nacional Preparatoria; la fundación de la Universidad Nacional de México por Justo Sierra y la campaña filosófica espiritualista de Antonio Caso y la generación del Ateneo, deben estimarse como etapas básicas en la integración del espíritu mexicano.

Finalmente, celebraremos el cinco de junio de mil novecientos veinte, porque entonces José Vasconcelos pone en marcha, al llegar a la Rectoría de la Universidad Nacional de México, asistido por colaboración del más limpio carácter universitario, la reforma educativa de la Revolución. De esta casa salió, reintegrada, la Secretaría de Educación Pública y, consecuentemente, la campaña contra el analfabetismo, la redención indígena desde el punto de vista educativo, las escuelas rurales, la reivindicación de los valores mexicanos del arte, el mensaje de hispanidad inscrito en el lema de nuestro escudo: "POR MI RAZA HABLARA EL ESPIRITU".

Porque por la Universidad habla el espíritu de la raza, fieles a nuestra cultura, inauguramos hoy, como el mejor homenaje al núcleo étnico a que pertenecemos, este calendario de conmemoraciones de acaecimientos que desbordan el alcance y las limitaciones personales de quienes en ellos intervinieron, para asumir un significado trascendental y eminente, calendario que se inspira en el ideal de hacer de México un país de vida civilizada, bajo el mandato superior del espíritu.